

Capítulo 465: ¿Qué?

La niebla parecía extenderse más espesa con cada paso, pero Vergil no mostró ni prisa ni vacilación.

Las ramas, algunas tan retorcidas que parecían manos deformadas, se curvaron sobre el camino improvisado, formando un dosel natural. El aire estaba saturado de humedad y olía a musgo viejo— y, para los que prestaban atención, había un susurro bajo que venía de todas direcciones, como si el bosque estuviera parloteando entre sí sobre la presencia del grupo.

Titania flotaba unos metros más adelante, con sus alas latiendo con un brillo suave, casi imperceptible, guiándolas con un rápido gesto de su mano. Su rostro aún conservaba las huellas de su irritación anterior, pero ahora había algo más allí: cálculo.

Vergil caminó en silencio, con su ritmo constante y preciso, con Zuri acurrucado sobre sus hombros y Rize siguiéndolo un poco detrás, tan tranquilo como él.

El hada finalmente no pudo contener la lengua. "¿Tú... sólo me estás siguiendo? ¿Te gusta eso?" ella preguntó, mirando por encima del hombro. "¿Ni siquiera vas a cuestionar si sé lo que estoy haciendo?"

Vergil la miró levemente, como si la analizara con más calma de la que requería la situación. "No."

"¿No?" Ella repitió, casi riendo, pero con un dejo de incredulidad. "Ni siquiera sabes si te estoy llevando al lugar correcto."





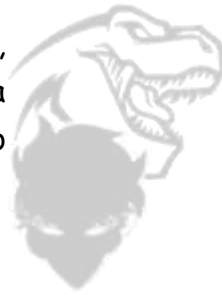
Siguió caminando, con sus botas crujendo hojas mojadas. Entonces respondió con voz demasiado tranquila para ser reconfortante: "Lo sé."

Su silencio duró dos segundos. "Entonces... ¿por qué vas sin hacer preguntas?" Ella insistió, levantando la barbilla desafiante.

Vergil hizo una pausa por un momento, inclinó ligeramente la cabeza y la miró como si alguien estuviera observando un insecto raro. Una pequeña —y peligrosamente sincera— sonrisa sonó en las comisuras de su boca. "Porque si me estás enviando a una trampa... te mataré."

El aire entre ellos parecía enfriarse.

Su sonrisa no se amplió, no se convirtió en una broma. Permaneció allí, inmóvil, como una promesa silenciosa. Zuri, sobre su hombro, simplemente movió la cola lentamente, como si hubiera entendido perfectamente el mensaje—y lo hubiera aprobado.



Titania, por el contrario, sintió un escalofrío que recorría su columna vertebral y por un segundo el latido de sus alas disminuyó. Ella miró hacia otro lado, fingiendo no molestarse.

"Hmph. Vamos," murmuró, señalando un estrecho pasaje entre dos árboles tan gruesos que parecían paredes. "Enemigos... ahí. Dos, estacionarios. Tres más dando vueltas por la zona."

"Distante?" -preguntó Virgilio, acelerando el paso.

"Quinientos metros." Su voz ahora era objetiva, sin florituras. "Parecen estar... esperando."



Rize caminó unos pasos detrás, con la mirada fija en la espalda de Virgilio, como si cada uno de sus movimientos mereciera atención.

"Maestro... ¿quieres que despeje el camino?" Ella ofreció un ligero destello de emoción en su tono.

No respondió de inmediato, simplemente siguió caminando. "No. Quiero ver si tienen algo que decir antes de morir."

El grupo avanzó y, al seguir la dirección indicada, la vegetación cambió. Los árboles crecieron más altos y más juntos, y raíces anchas emergieron del suelo como costillas gigantes, obligándolos a caminar de manera desigual.

Titania, a pesar de mantener el ritmo, lanzó miradas discretas a Virgilio. La sonrisa que le había dado antes todavía estaba grabada en su memoria— y lo más incómodo no era la amenaza en sí, sino el hecho de que la hubiera dicho con total convicción, como si enunciara una ley natural.



"Diez grados a la izquierda," dijo de repente, señalando con la mano. "Uno de los patrulleros está dando vueltas más cerca del sendero. Si seguimos recto nos lo encontraremos."

Vergil lo siguió sin dudarlo.

"Eres moleestamente obediente", comentó el hada, tratando de ocultar su incomodidad con un toque de sarcasmo.

"No es obediencia", respondió esquivando una raíz que sobresalía como una lanza del suelo. "Es práctico."



Zuri emitió un sonido bajo, entre una risa ahogada y un silbido. "En otras palabras: si haces algo estúpido, lo práctico será arrancarte las alas y seguir adelante sin ti."

Titania miró fijamente a la serpiente, pero no respondió. Quizás porque, en el fondo, la frase sonaba como un hecho indiscutible.

Continuaron así, atravesando el bosque con una calma casi desconcertante, hasta que empezó a oírse el sonido de algo ligero moviéndose entre las hojas. No era pesado como los pasos humanos, sino rápido, ágil—como los depredadores que sabían esconderse.

"Tres a la derecha ahora..." Titania dijo, con la voz más baja, casi un susurro. "Dos detrás. Uno... está arriba."

Virgilio miró hacia las copas de los árboles, sin disminuir la velocidad. La luz filtrada a través de la niebla creaba sombras cambiantes y allí arriba, entre las ramas, algo se movía.



"Distante?" preguntó de nuevo.

"Menos de cien metros," respondió ella, ahora más serio. "Si quieres atacar primero, ahora es el momento."

No respondió, pero el ligero ajuste en su ritmo hizo que Zuri y Rize entendieran que ya había decidido qué hacer.

Titania, incluso en silencio, continuó señalando direcciones y cambios sutiles en la posición del enemigo. Su tono arrogante se había suavizado considerablemente desde la advertencia anterior de Virgilio. El miedo no era evidente, pero estaba ahí, sutil, moldeando la forma en que ella le hablaba.



El bosque, por su parte, parecía disfrutar de la tensión. Los árboles crujían suavemente, como riendo, y la niebla se cerraba detrás de ellos a cada paso, impidiendo cualquier retorno fácil.

Cuando finalmente se acercaron a la zona donde deberían estar los primeros enemigos, Vergil se detuvo.

"¿Cuántos en total?" Él preguntó.

"Siete. Tres delante, dos flanqueando, dos detrás," Titania respondió inmediatamente.

Él asintió levemente. "Bien. Sigue apuntando."

El sonido comenzó como un ligero temblor en el suelo —tan suave que podría haber sido confundido con el viento moviendo las raíces. Pero en cuestión de segundos, el ruido creció, transformándose en un estruendo rítmico que parecía venir de todas direcciones.



Titania, que flotaba unos metros más adelante, levantó urgentemente una mano.

"¡Alto!" Ella dijo que su tono era más serio de lo que había sido desde que comenzó a guiarlos. "¡Detente ahora!"

Vergil disminuyó la velocidad y la miró expectante. "Hablar."



Giró la cabeza hacia la izquierda y sus ojos se fijaron en la espesa niebla. "Hay... algo que viene. No son sólo uno o dos. Es una manada entera. Y no es... humano."

Rize, que caminaba en silencio, apoyó su mano en la empuñadura de su arma. "¿Cuántos?" ella preguntó, su tono no cambió.

"Varios," respondió Titania, frunciendo el ceño. "Más de cincuenta, tal vez más de cien. Y vienen rápido."

Virgilio miró en la dirección que ella le indicó, sin prisas, como si esperara a ver qué surgiría. El sonido estaba más cerca ahora, y los árboles que estaban delante comenzaron a crujir y ceder, cayendo como ramitas rotas. Las ramas volaban, los troncos eran empujados y rotos por grietas secas, y la niebla se agitaba como si huyera de lo que avanzaba.

Hasta que algo atravesó el velo blanco.

Una vaca.

Así de simple. Una vaca corriendo, con sus ojos brillando de color rojo brillante y saliva negra goteando de su boca. Pero el detalle que delataba su naturaleza era su piel marcada con símbolos quemados, sus cuernos retorcidos que parecían cuchillas y un fuerte olor metálico que flotaba junto con ella.

Zuri, todavía sobre el hombro de Vergil, levantó la cabeza. "Esto... es nuevo."

